

# HERENCIA CRIMINAL

Fernando Martín Monetti

Image not found.

# Capítulo 1

## PARTE 1

### EL OBJETIVO

El objetivo se llamaba Mariana Legrill, treinta años. Sus amigas y allegados le decían Mar. Mi tarea era sencilla, la de siempre, acercarme a ella hasta obtener cierta confianza que me permitiera conocer cada movimiento que realizara para estar prevenidos. ¿Por qué yo? Según me decían, por ser el más joven y el más apuesto. Sería fácil que ella se fijase en mí: soy su target, comentaron. Era verdad en cierto punto. Nuestra querida Mar tenía fama con los muchachos de entre veinticinco y treinta años, rango del cual yo formaba parte. No obstante, siempre era yo el encargado de esa tarea fuera quien fuese la víctima. Nos vendieron mucha información sobre su familia, aunque no sobre ella. Era bajo perfil. No aparecía en los medios y eso hacía más difícil ciertas cuestiones. Lo poco que sabía lo había averiguado siguiéndola, pero había llegado el momento de avanzar. Su amado Kevin Cevit, de treinta y siete años, viajaba con frecuencia por trabajo lo cual empujaba a la dulce Mar a tener unos cuantos amantes, con los cuales pasaba solo una noche. Para mí no sería suficiente. La nena mimada de papá vivía de parranda cuando su novio estaba ausente y no sería difícil dar con ella. Tanto Kevin, como el señor Legrill, desembolsarían cualquier monto en la moneda que solicitáramos con tal de que a ella no le pasara nada. No debía pensarlo mucho más, el tiempo corría rápido y los viajes de negocios de él no solían durar más de una semana. Debía apurarme ya que el secuestro estaba programado para hacerse a fin de mes y había datos que necesitaba conseguir antes de esa fecha.

Elegí con cautela dónde acercarme a ella. Su lugar favorito al que iba con sus amigas era un boliche por la avenida Juan B. Justo en el barrio de Palermo. Todos los sábados del mes anterior, me había tomado el trabajo de ir a aquel sitio a bailar un poco y tomar algo. Ella me observó en varias ocasiones, era la idea. Hice reconocimiento de terreno y planteé en su cabeza la semilla de la incertidumbre. Estaba seguro de que ansiaba que me acercase o, por lo menos, se preguntaba si iría a hacerlo alguna vez. Decidí dar el primer paso el sábado 10 de noviembre. Era una noche calurosa, corría un leve aire que la hacía más agradable. Sin embargo,

dentro del lugar no podía soportarse el calor. Nada que un par de tragos y unas horas de baile no pudieran dejar de lado. Entré unos minutos después que ella y sus cuatro amigas. Yo, por mi parte, me paraba cerca de un grupo para no parecer que venía solo en calidad de espía. La observé unos minutos: un meneo sensual hasta el piso con una amiga y una mirada seductora en lo mejor del baile me hicieron entender que era el momento de lanzarme hacia ella. La miré a los ojos y le ofrecí mi sonrisa más encantadora como introducción a la cual respondió de manera favorable. Empecé a bailar cerca de ella sin decir palabra, solo sonriendo y enseñando unos pasos de baile que el resto podría catalogar de ridículos —les puedo asegurar sin presumir que siempre funcionan—. Esta vez no fue la excepción. Fui acercándome despacio, ella me dio la espalda y empezó a franelear sus caderas en mi entrepierna. No excitarme fue difícil. Logré mantener la cabeza fría y el pensamiento enfocado en lo que debía hacer. Sin darle más espacio le susurré al oído si podía invitarla un trago. Asintió con una sonrisa sin dejar de darme la espalda. La tomé de la mano y nos dirigimos a la barra para comprar algo. Mientras nos atendían tuvimos nuestra primera conversación.

—¿Venís siempre acá? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Sí —contestó gritando por el volumen de la música—. Siempre venimos con las chicas. ¿Vos venís seguido también?

—Sí, conozco gente que trabaja acá y me dejan pasar gratis —mentí—. ¿Cómo te llamás?

—Mariana, ¿vos?

—Juan —volví a mentir a gritos—. ¿Qué querés tomar?

—Lo que vos tomes.

Hubiera pedido dos fernet con Coca-Cola, pero tenía que dar una buena impresión y más sabiendo que su futuro marido era millonario. Compré el champagne más caro del menú y lo descorchamos junto con sus amigas. Bailando entre copas decidimos alejarnos un poco del grupo. Sin mayores preámbulos la sostuve de la cintura con una mano y coloqué la otra sobre su cuello. La atraje hacia mí con fuerza mientras empezaba a besarla. La apoyé sobre una de las columnas del boliche; no opuso resistencia. Con mi mano derecha recorrí suavemente su talle y luego de unos minutos me dirigí a su entrepierna. Sabía que esa noche podía irme con ella. Dejó que la tocara todo lo que quisiera, percibía como se excitaba cada vez que pasaba mi lengua por su cuello. Sentí su mano en mi erección. Eso era peligroso, de todas formas, decidí no frenarla. Juro que tuve ganas de hacerlo allí mismo. Hubiera sido una muy buena forma de estropear el plan. Si pasábamos la noche juntos, nunca más iba a saber de ella. Una de sus estrategias era dejar ver el anillo de

compromiso, era un mensaje subliminal para entender que iba a ser sexo y nada más. Debía sacarle ese pensamiento de la cabeza. Era sencillo llevarla a un hotel, pero debía conocer cada rincón de su casa. La única forma era negándole lo que nadie nunca le había negado —una noche de sexo salvaje y placer— por más riesgoso que fuera. No fue fácil. Alejé mis labios de su boca con una sonrisa sin dejar de mirarla. Tenía que admitir que era hermosa. Sus ojos claros brillaban y los sentía aún más atrayentes bajo las luces multicolores que nos proporcionaba el lugar. Mi mano recorría su largo cabello castaño hasta sus caderas. Quería poseerla. La apreté fuerte de hacia mí para transmitir ese deseo. Me miró con una expresión erótica muy evidente, con sus dos manos encadenadas a mi cuello, pasó su lengua lentamente por sus dientes con poco disimulo para que observara todo su recorrido. Tentador. Cerré los ojos unos segundos para concentrarme y seguir con el plan. Saqué mi celular fingiendo que me había llegado un mensaje.

—Uy, Dios. —Mi fastidio al ver el celular fue convincente y ella se lo tragó.

—¿Qué pasó? —preguntó preocupada y con una expresión diferente a la de unos segundos atrás.

—Nada... mi hermano. Es largo de explicar. Me quiero morir por tener que irme ahora. Te puedo jurar que es lo que menos quiero en este momento —aproveché el fuerte volumen de la música para hablarle bien cerca del oído. Pude notar como sonreía—. ¿Está mal si te pido tu número? —Era el momento. Si decía que sí, sabía que lograría lo que había venido a buscar. Un no para ella solo significaría que fui un hombre con el que tuvo mala suerte, para mí sería el fin. El resto del equipo no se lo tomaría muy bien. Obtuve una hermosa sonrisa y me arrebató el celular de las manos. Bingo.

—Mandame mensaje —dijo mientras tipeaba su número en el teclado—, no me llames.

—Tranquila —dije—. Vi el anillo.

Ese comentario podría haber sido un error, pero no pareció molestarle. Hasta diría que me hizo quedar aún más atractivo para ella. Me deseaba, lo sabía. Lo único que me preocupaba era que yo también la deseaba a ella. Más de lo esperado.

Le di un beso largo presionando con fuerza mi cuerpo al suyo y me fui de ahí. Sentía que su mirada se clavaba en mi espalda mientras me alejaba. Estaba seguro de que me vio salir del boliche. Era el momento de la verdad. Me detuve en las escaleras de la entrada y busqué en mi celular

su contacto. Lo encontré como Mar. Entré y empecé a escribir:

—Soy Juan. Agendame —envié—. Y perdón. Si me das otra oportunidad no te vas a arrepentir —agregué una carita sonriente y volví a enviar. Si ella se había quedado con las ganas de irse conmigo, estaría esperando ese mensaje. No podía tardar mucho en responder. Y no lo hizo. Fueron tan solo unos veinte segundos hasta que llegó su respuesta.

—Agendado. Te vas a tener que ganar la segunda oportunidad.

Guardé el celular regocijándome por haberlo conseguido. Había sido una noche exitosa.